

---

# Judith Shklar: el océano en una gota

**ALICIA GARCÍA RUIZ**

---

Profesora de Filosofía en la Universidad Carlos III de Madrid y del Máster de Teoría y Crítica de la Cultura en ese mismo centro. Autora de varias traducciones de Judith Shklar y experta en su pensamiento.

---

Judith Shklar en 1972



## Avance

Cada vez más reivindicada, la figura de Judith N. Shklar es de gran vigencia y utilidad gracias a su reformulación de la tradición política liberal. Su aportación clave es el llamado «liberalismo del miedo». Alejado de máximos imposibles y de la búsqueda del bien supremo, a este liberalismo más modesto y discreto le basta evitar el mayor de los males en política: la crueldad arbitraria. No es poco. Alicia García Ruiz, profesora en la Carlos III y traductora de Judith Shklar, lo explica así: «La pensadora sitúa su liberalismo político no en una perspectiva cargada de optimismo his-



**Judith Shklar**

*El liberalismo  
del miedo*

Herder, 2018

tórico o imbuida de la promesa de progreso, sino en una que practica una conciencia histórica desengañada, un inventario de los daños y abusos de los que son capaces los sistemas políticos abandonados a su poder». Su enfoque liberal renuncia a esbozar la versión más ambiciosa del *summum bonum* de las grandes teorías ético-políticas para vigilar la amenaza constante del *summum malum* inherente al ejercicio de poder.

El concepto del «liberalismo del miedo» bebe directamente de una concepción de la injusticia y del daño que viene a enmendar las teorías formales de la justicia. Lo que le preocupa a Shklar es que estas acaben suponiendo un punto débil para la supervivencia de la democracia. ¿Cuál? La incapacidad para percibir y responder a las causas de malestar social. ¿Y por qué sería esto tan importante? Responde: «No deberíamos ignorar los costes políticos de una ira organizada», afirma la pensadora, pues «de los marginados de ayer, los vengadores revolucionarios del mañana». No se trata de un consejo meramente utilitario para evitar la conflictividad social: apunta al corazón mismo de la justicia, al que solo se puede acceder educando el sentido cívico para percibir el dolor ajeno, la sensibilidad moral y empática; en definitiva, desarrollando un auténtico sentido de la injusticia.

Seleccionando tres de los elementos presentes en esta aproximación de Shklar a la cuestión de la injusticia, podremos captar desde qué ángulo construye su perspectiva teórica sobre el liberalismo y la interpretación cívica de la

libertad que se necesita en nuestros días —señala García Ruiz—, entendiéndolo así por qué resulta de utilidad para el presente. Estos tres elementos son, en primer lugar, la insistencia en fijar la mirada teórica sobre las circunstancias prácticas cotidianas que escapan a los modelos normales de justicia y en las que se producen daños concretos sobre individuos o grupos concretos. En segundo lugar, algo evidente pero que no ha de ser pasado por alto: para que haya una mirada debe haber alguien capaz de tenerla. En este caso, se trata de ciudadanos que han desarrollado una doble habilidad como espectadores morales, por usar la metáfora kantiana: ver el mundo de las injusticias cotidianas y no mirar para otro lado. En último lugar, estos ciudadanos deben mantener una relación cívica para ser tales ciudadanos, lo cual implica que han de existir instituciones en las que desarrollen su vida política, a veces amparados por ellas y otras frente a ellas cuando estas no cumplen con su papel y los dejan desamparados.

Surge así una novedosa concepción de la virtud cívica o pública encarnada en ciudadanos que no vocean ni se exhiben, sino que mantienen a raya los «vicios ordinarios», a los que Shklar dedicó un libro. La crueldad, la hipocresía, el esnobismo, la traición y la misantropía pueden tener una dimensión privada, pero también la tienen pública y es decisiva, pues redundan en el gobierno de todos. Así, concluye la autora del artículo sobre Shklar, la profesora Alicia García Ruiz: «De la misma manera que los vicios privados o los fallos cívicos erosionan cada día los sistemas políticos como la gota que cava la piedra, los diques de contención del mal cotidiano residen, pues, no en héroes

morales sino en gente decente, normal y corriente, que no descuida sus deberes cívicos. Se encarnan en ciudadanos de talante liberal y de templado carácter, no en militantes de la virtud ni en libertarios que solo claman por sus derechos económicos».

La aproximación a las ideas de Shklar termina con esta perspectiva sobre el compromiso cívico que caracteriza al verdadero liberal. Tal compromiso deriva de su concepción de la libertad: frente a interpretaciones meramente negativas de esta, como ausencia de interferencia, señala esta pensadora que para que la libertad adquiriera un sentido cívico, ha de convertirse en positiva, colectiva. Como expresó el poeta persa Yalal ād-Dīn Muhammad Rūmī: «No eres solo una gota en el océano, eres el océano en una gota». El ciudadano liberal que propone Shklar querría, para todos, las mismas oportunidades de vida digna que quiere para sí, empezando por su libertad. **NR**

*Leer aquí el  
artículo completo  
de Alicia García  
Ruiz*

